

Una dulce muerte

Una clara noche, estaba yo con mi abuelo contemplando las ásperas ondas del mar cuando me contó una historia, mejor dicho, una leyenda, que un vecino, llamado Pepe, había vivido.

La madrugada del 24 de junio de 1923, el protagonista se la relataba a sus vecinos y amigos reunidos alrededor de una gigantesca hoguera. Repentinamente, en el momento más emocionante, se desvanece y, tras un suspiro, sus ojos verdes se cierran.

Después de la muerte de Pepe, esta leyenda se escucha en las fiestas y veladas del pueblo. Todos intentan averiguar su final.

Dice así:

Una fría y oscura noche, en un enzarzado camino, unos relucientes ojos me penetran con gran lentitud. Es la famosa noche del 24 de junio. Camino lentamente. El aire me hace sentir una música. La dulce, armoniosa y lenta melodía abre un sendero que conduce a un destino feliz. En la acogedora villa, se celebra el San Juan. Las populares hogueras me llevan a la claridad. No miro atrás. Los ojos de un búho quizás me siguen, brillan tras de mí. Observo los co-



rrillos formados. Asombrado, me escabullo entre la muchedumbre. El suelo en llamas quema mis pies. Alboroto, júbilo, muestras de alegría, cantos populares... rodean la central y enorme hoguera. Me llama la atención una joven muchacha. Parece que se cae. Lleva un vestido rosa, como de seda. La chica no se encuentra bien. De repente se oye un grito. Ella comienza a correr hacia el río. Yo intento ayudarle. La sigo, la oscuridad no me deja verla, pero intento alcanzarla. Corre, grita con miedo, llama a su padre... Debe de bajar a toda prisa hacia el río: ya se oye el brusco caer del agua por la cascada. Sigo el estrecho camino y, cuando llego, la encuentro en el agua. Le extiendo los brazos, pero se hunde, la fuerza de la negra cascada la arrastra. Consigo alcanzarla. Cuando la pongo en la hierba fría, ya no respira. Sus hermosos ojos van perdiendo el brillo a medida que se le cierran.

No hay nada qué hacer, no he llegado a tiempo. Esta pobre muchacha se encontraba sumida en un fuerte dolor que la ha llevado, quizás, a una dulce muerte.

Adela Río Barrera



Un amor imposible

En una de las aldeas más oscuras y lejanas, vivían dos jóvenes a los que la suerte nunca les sonrió.

Las mañanas en Soris eran espantosas, el frío hacía que no sintieras las manos y la niebla se apoderaba de la escondida aldea hasta bien entrado el mediodía. Pero eso sí, los atardeceres eran preciosos ya que en el sol se dibujaba una cara sonriente que dejaba ensimismados a todos los que lo observaban. En los bosques los eucaliptos y pinos ensombrecían el color verde de los campos en los que pastaba el ganado.

Aquí, en esta ya desaparecida aldea gallega, surgió el amor de dos jóvenes llamados Anisa y Gabriel. Ellos vivieron con pasión su relación, pero este bello amor se vio turbado por las distintas clases sociales de cada uno de ellos. Anisa pertenecía a la familia de agricultores y ganaderos más importantes de Soris, mientras que Gabriel sólo tenía dinero para comer y poco más.

La pareja gozaba de asombrosa belleza: Anisa era morena y con un hermoso cabello castaño que la hacía inconfundible; él tenía el pelo negro y ojos azules comparables a la inmensidad del mar.

Gabriel y Anisa pudieron disfrutar de su amor hasta que el padre de ella lo descubrió. Fue entonces cuando comenzaron los intentos por separarlos. El padre decidió hablar con Gabriel y prohibirle que se relacionase con su hija. Más tarde la encerró en su casa; pero, al enterarse de que, a pesar de todo esto, los chicos continuaban viéndose, acabó por enviar, como si de un objeto se



tratara, a su hija a Argentina, donde viviría con su hermano.

Gabriel y Anisa, aunque en contra de su voluntad, tuvieron que separarse: el padre consiguió su objetivo.

Durante un largo y tormentoso tiempo, que para los chicos se hacía interminable, estuvieron carteándose, diciéndose así, ya que era la única manera posible de comunicarse, lo mucho que se querían.

Un buen día, Gabriel, angustiado, decidió dejar su tierra natal y aventurarse a lo desconocido en busca de su amada.

Gabriel consiguió llegar a Argentina y ver a Anisa, con la que comenzó a vivir una relación estable.

Allí, se casaron y, pasado un tiempo, Anisa quedó embarazada. Pero toda la felicidad, que tanto les había costado obtener se vino abajo con la muerte de Anisa y de su hija el día del parto. Gabriel, desesperado y afligido, llegó a enfermar, a no comer y a vivir solamente para llevarles las flores más hermosas del mercado a su esposa tan querida y a su pequeña hija desventurada. Los días de Gabriel transcurrían en el cementerio, hasta que, enfermo de pena, dejó de sufrir para reunirse con las personas amadas, su mujer y su hija.

María Rodríguez Baltar



El monte Silzo

Cuentan los ancianos, de más de cien años de edad, que era como hoy, un dieciséis de enero, día apacible en el que las aves se posaban sobre los tristes y decaídos árboles de invierno..., no hacía frío, pero sus hojas, muertas en su interior, no querían despertar de su profundo letargo. Esa mañana transcurría con normalidad. El joven Carlos, noble en su sangre, iba a las clases para su acceso a los altos cargos del ejército, al que quería servir por su rey y su patria, España. Hoy les tocaba a los aspirantes demostrar su valía, tenían que subir al monte Silzo y permanecer vivos al menos una noche.

Sobre el monte se contaban muchas historias, según las cuales los guerreros muertos por traición de su rey en la batalla del monte Silzo, un día tal como éste, despiertan de su largo sueño para reencarnarse en bruma espesa y atacar a todo cuerpo viviente hallado en el monte... La gente atemorizada por estas leyendas no se le ocurría pisar el monte Silzo, y menos, un dieciséis de enero...

Muchos de los aspirantes a "Caballeros del rey" se acobardaron al oír la palabra Silzo... Todos lo temían, pero no todos manifestaron su miedo. Uno de los valientes, Carlos, se encaminó hacia el monte por el estrecho y tortuoso camino de tierra, sólo acompañado por su reluciente espada y su inmaculada capa blanca.

Oscurecía. Al llegar al claro de un bosque, se encontró con un observador..., le miraba... y le miraba..., subía los ojos..., los bajaba...



El silbido de su espada cortó el aire, y los ojos volaron; no era más que un simple mochuelo. Tras esta incidencia el caballero prosiguió su camino...

Al llegar a la cima de la montaña, se topó con un castillo en ruinas, deshabitado, roto, rasgado, raro... Entró hasta el patio de armas y miró hacia arriba, estupefacto. Contemplaba la torre de homenaje, intacta y, entre sus almenas, la luz de la luna, inmaculada. Justo en ese momento comenzó a sonar un pequeño reloj, cuyo rudimentario mecanismo, eficaz, marcaba las doce en punto. Una ligera bruma comenzó a asomar por las torres y torreones, por debajo de las puertas, encima de los cascotes, y... ¡en silencio!... la bruma se tornaba en hombres; arqueros y soldados, todos mirando hacia el caballero osado.

Los arqueros estiraron sus cuerdas, los soldados sus espadas y... Carlos, sin recibir daño alguno. Al inspirar parte de la bruma, cayó muerto..., cayó en el olvido..., cayó un dieciséis de enero... en el monte Silzo...

Anxo



El Bosque del Gigante

Esta historia ocurrió en un aislado y tenebroso lugar; un lugar en el que no se podía distinguir un hombre de un árbol a dos metros; un lugar inhóspito, espeluznante; en fin, un húmedo e impenetrable bosque de la vieja patria gallega.

Desde tiempos de Homero, se decía que, en este monte, habitaba una oscura y solitaria alma perteneciente a un gigante pérfido y malvado, que un día secuestró a una hermosa joven llamada Dalatea. Esta mujer estaba comprometida con uno de los más valientes caballeros de la región llamado Dante, quien, inmediatamente después de enterarse del espantoso suceso, cogió la enorme espada, que le había dejado en herencia su padre, su escudo y su blanco caballo llamado Trueno, y se dirigió sin temor alguno al bosque. Cuando llegó, vio al gigante junto a su morada, la cueva maldita, donde tenía apresada a la dulce doncella. Empuñó su magnífico hierro y dijo a la enorme criatura:

- Suelta a mi amada Dalatea.

- ¿Por qué? - preguntó el gigante.

- Porque, si no, te tendrás que medir con mi espada- replicó el joven Dante.

- Pues batámonos.

Y así comenzó un encarnizada y atroz lucha, de la que, después



de horas de combate, el gigante salió derrotado, perdiendo así su vida. El monstruo prometió, antes de morir, que nunca nadie volvería a salir vivo del bosque.

Un día, un caballero llamado don Rodrigo, mientras se encontraba de caza con su criado, hirió a un ciervo. Después de correr mucho, llegó al bosque maldito. Don Rodrigo, que iba detrás de él, también se iba a adentrar, pero fue entonces cuando la voz de su criado lo advirtió del peligro. Él, sin hacer caso del consejo, entró. Primero se encontró un montón de zarzas, que, gracias a su caballo, pudo pasar. Luego, intentó cruzar un bosque de hayas, pero no se volvió a saber nada de él. Su criado, en cambio, esperó pacientemente fuera del bosque hasta bien entrada la noche, momento en el que fue al pueblo y denunció la desaparición. Hubo una intensa búsqueda, pero nadie logró encontrarlo. Dos años después, dos mujeres hallaron el cadáver en las proximidades, y toda la gente que lo vio decía que el cuerpo parecía medio devorado.

Jacobo

Una boda trágica

*Q*manecía lentamente, María no había podido conciliar el sueño, era el día de su boda. La mañana se presentaba hermosa en una primavera en la que todo estaba embargado por un suave perfume de los rosales del jardín.

Se levantó lentamente y miró a través de la ventana, empezó a arreglarse y a contemplar su bonito vestido de novia.

Después de dos horas y ayudada por su mejor amiga, se dirige a la iglesia con un pequeño retraso como es de costumbre. Allí la estaba esperando Óscar Pérez, su novio de toda la vida. Transcurridos veinte minutos inacabables, se intercambiaron los anillos y, después, cogen veloces su coche para, por fin, encontrarse solos. Empieza a llover con una tormenta de primavera. La autopista está resbaladiza y Óscar pierde el control del coche, saltan la valla de protección y se empotran en la mediana. María sale despedida, pero Óscar resulta atrapado. Los servicios de urgencias logran restarlo y las secuelas son irreversibles, queda tetrapléjico. Las siguientes jornadas de María y Óscar en el hospital no tienen nada que ver con la hermosa mañana de primavera. Un día aparece el fisioterapeuta, que atiende a Óscar, y se enamora perdidamente de María. Ella no le hacía caso, pero, poco a poco, le iba gustando más.

A los tres días se escapa de su habitación un demente, coge una jeringuilla con cianuro y, cuando se la iba a inyectar, los policías del hospital le disparan en el brazo; pero consigue meterse en la habitación de Óscar. El loco quería salir del hospital y lo toma como rehén. Aparecen dos policías y le disparan, pero, an-



tes de morir, consiguió inyectar el cianuro a Óscar, quien también fallece.

Al día siguiente fue el entierro. Era una tarde fría y lluviosa. María se encuentra triste, pero a la vez aliviada, la pesadilla ha terminado y la vida debe seguir. Jaime intenta reconfortar a María en esa difícil situación y, sin poder resistirse, le confiesa su amor. María se ruboriza y le dice que deje pasar un poco de tiempo, pero en ese instante empieza una nueva historia de amor.

Hacker



El banco del árbol

*D*icen los ancianos que una vez hubo unos enamorados que fueron al grandioso parque a sentarse en el banco del gigante árbol del amor, donde las parejitas disfrutaban de un hermoso paisaje.

Allí estuvieron una hora y empezaron a discutir. Cada vez que decían una palabra desagradable, el árbol se iba secando de tristeza. Después, los jóvenes se separaron y el árbol desapareció. Sin embargo, dejó una semilla para, cuando otra pareja se siente cerca y se digan cosas bonitas, volver a crecer grande, hermoso y dando felicidad a los enamorados. Desde entonces, todos los novios acuden a los parques a pasar el tiempo buscando la semilla que los hará felices.

Murias





El Hotel del muelle

*M*archaba el día y llegaba la oscuridad. Una fría brisa nórdica se dejaba resbalar colina abajo en dirección a alta mar.

El muelle, en medio de la ría, dejaba escuchar los últimos rumores del día.

Yo me encontraba sentado con mi armadura de pescador en el frío suelo del viejo y ruidoso puerto, inmerso en esos momentos en gruesa y húmeda bruma, que apenas dejaba pasar la luz por su espeso cuerpo. Se podían escuchar, con mucha dificultad, los lejanos pasos de mis compañeros que venían también a pescar.

Juntos pasamos dos horas contemplado silenciosamente el ir y venir de las pequeñas olas que hacían moverse tranquilas y hipnotizadoras las numerosas algas del fondo. Casi no habíamos hablado entre nosotros, pero, cuando les miraba a la cara, podía observar cómo ellos, aburridos de tanto esperar, buscaban la frase adecuada para romper el silencio. El primero en hacerlo fue Pedro, pero el que realmente dio la idea de visitar la vieja casona de la curva convertida hacía años en hotel, fue Vila.

El edificio tenía su leyenda. Decían que una mañana habían aparecido muertos y con extrañas marcas dos trabajadores del hotel, que eran novios. Los científicos, después de mucho tiempo de estudio, comunicaron a la población que dichas marcas procedían del medievo.

Es aquí donde comienza realmente nuestra pesadilla. Mis amigos no sabían la leyenda hasta que yo se la conté, eso sí, sin



creérmela y dramatizando un poco para meterles miedo. Juntos entramos en las ruinas. Íbamos con un poco de temor, sobre todo, porque lo que hacíamos era ilegal. Todo estaba oscuro. Entre puerta y puerta se veían las viejas cristalerías rotas por pedradas y se notaba el frío aire que pasaba por los agujeros y que nos hacía apretar nuestras cazadoras. El papel de las paredes, desgarrado. Las esquinas, llenas de manchas de humedad, y en la habitación del fondo del pasillo, se podía apreciar la ligera luz de una de las farolas de fuera. En esa habitación, se habían encontrado los cadáveres. No lo sabíamos antes de entrar allí, pero, al hacerlo, pudimos observar sorprendidos unas contorneadas líneas blancas que dibujaban la silueta de dos cuerpos.

A continuación se oyeron unas suaves voces procedentes de toda la casa. Éramos cuatro y todos estábamos en silencio, todos menos Javi, al que se le oía el cascabel que llevaba en un bolsillo de su pantalón. —Vámonos— dijo él. Todos estábamos de acuerdo pero, inexplicablemente, no nos podíamos mover. Creo que era el miedo por todo nuestro cuerpo, pero nunca lo llegué a saber. Todas las puertas se nos cerraron, el ruido era cada vez mayor y la habitación se llenaba por momentos de luces parpadeantes que no sabíamos ni supimos de dónde procedían. De repente, en el momento de mayor estruendo, al tiempo que nuestros tímpanos casi reventaban, el ruido, las voces, las luces... todo paró. Nos miramos unos a otros, el pánico se nos notaba en la cara y por mi rostro resbalaba una gota de un frío sudor que me inmovilizaba; nunca lo olvidaré. Empezó a oírse una tenue voz otra vez, y de nuevo nos miramos, esta vez, con expresión de desasosiego. En el suelo había multitud de objetos. Vila agarró una silla y la lanzó contra una ventana. Fue nuestra salvación. Huimos despavoridos olvidándonos de las cañas. Corrimos y corrimos sin mirar para atrás.

No era leyenda, sino realidad y nosotros pudimos haber muer-



to allí dentro igual que, hacía años, las dos personas del hotel. Si no llega a ser por Vila, Pedro, Javi y yo no lo contaríamos. Fue increíble, pero cierto.

Nunca volvimos a entrar en aquella casa, hotel o lo que fuera. Meses después, una constructora derribó el edificio para hacer un restaurante en su lugar. Durante la obra, ocurrieron accidentes inexplicables e, incluso, una noche de niebla y brisa fresca, el guardián del puerto falleció y nadie supo el porqué. Encontraron su cuerpo a la mañana siguiente. En su frente y en su pecho tenía unas marcas hechas con un cuchillo y, días después, se supo que también procedían del medievo.

La leyenda se reavivó por todo el pueblo, y ni los habitantes, ni las autoridades volvieron a pisar aquel lugar.

El restaurante sigue allí, y seguirá, todavía sin inaugurar.

La leyenda pasa de generación en generación entre la gente del pueblo. Se dice que en noches oscuras y de espesa niebla húmeda, en una zona del nuevo edificio, alternan luces de colores y extrañas voces.

Pipiripi



Índice:

<i>El llanto de la venganza</i>	1
por Rosalía García Trabada	
<i>Una luz en el camino</i>	5
por Moisés Gómez	
<i>La bruja de Brañavara</i>	7
por Lara González López	
<i>El precipicio del rosál</i>	11
por Ángela Martínez Barcia	
<i>Corazón solitario</i>	13
por Jénifer Moure	
<i>El abrazo de la muerte</i>	15
por Andrea Pérez	
<i>La maldición de Esperanza</i>	17
por Sabela Recalde Penabad	
<i>Una dulce muerte</i>	21
por Adela Río Moure	
<i>Un amor imposible</i>	23
por María Rodríguez Baltar	
<i>El monte Silzo</i>	25
por Anxo Armada	
<i>El bosque del gigante</i>	27
por Jacobo	
<i>Una boda trágica</i>	29
por Hacker	
<i>El banco del árbol</i>	31
por Murias	
<i>El hotel del muelle</i>	33
por Pipiripi	





Ilustra: Raquel Devesa López
Coordina: Juana Guzmán Suárez
Edita: Teresa Díaz Estévez.
Biblioteca do IES Porta da auga. Ribadeo